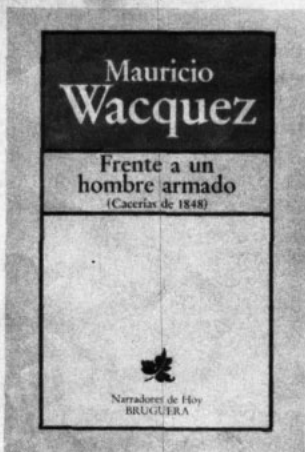


FRENTE A UN HOMBRE ARMADO.

Cacerías de 1848. Barcelona, Seix-Barral, 1981.



Nuestra lengua tiene una sintaxis lógica rigurosa. Primero aparece el sujeto, luego su acción y enseguida las circunstancias determinantes. Transformar este orden puede ser un arte, un artificio o una desafortunada trasgresión producto de la inhabilidad para darse a entender. Y esta limitación suele pasar a veces por un "exquisito barroquismo". Allí el caso de *Paradiso* de Lezama Lima, por ejemplo. Esta novela de Wacquez —en busca de la constitución del sujeto— vuelve a replantear esta lógica sintáctica, ya que ha fuerza de hacer análisis de la consciencia de su personaje Juan de Warni, homofílico, llamado El Chevalier, y de establecer una filosofía de tocador y una poética de la sodomía, logra complicarle la vida al lector hasta que éste no sabe si está ante una novela desastrosa, o una lograda continuidad de un Proust a lo Joyce con algunos elementos de Sade. En todo caso absolutamente interesante, como pocas obras de ficción nacionales; aunque el recargamiento de un lenguaje lírico, y ciertas mistificaciones de la homoerótica, pretenciosamente sartreanas, lo transforman en un lenguaje ligeramente cursi.

"La caza, como ejercicio del poder, ilumina el paisaje

del crimen", comienza Wacquez una primera descripción, ocultante, de la sodomía. "Como la guerra la caza tiene un fin simple y trágico: La muerte de la presa.

Ser sodomizado, en cambio, se emparenta con ambas actividades, pero como una paradoja. El remedo de la muerte se parece al encuentro entre lo lleno y lo vacío, un compendio de contrarios en el que la muerte es buscada como anhelo de ser y no como necesidad", continúa, estableciendo una artificiosa mistificación por la vía de la metáfora, de un acto corporal relativamente simple e instintivo. "Anillos de oro", "círculos de fuego", son figuras a través de las cuales se escapa el sentido del tipo de acoplamiento que intenta descifrar.

Teniendo la crisis de la consciencia y la búsqueda del sujeto, como un determinante básico, y haciendo de su espacio novelesco el espacio de la consciencia, en esta obra Wacquez intenta reconstituir la metáfora de un pasado del personaje a través del recuerdo. El fuerte tono evocativo proviene por ello del esfuerzo por lograr rescatar el sentido de algo que en su momento no lo tuvo o no pudo ser encontrado. La infancia —dice Wacquez dando una señal de hegelianismo— está "inhabilitada para imaginarse a sí misma como carne". La búsqueda del sentido, produce una novela donde la evocación es determinante, haciendo que su lenguaje se aproxime constantemente al lirismo. Metáforas de metáforas resultan en este intento. Un panorama disperso que, menos que reflejar el ritmo de la consciencia, muestra una incoherencia cercana a la anhabilidad para novelar. El análisis carece por ello de "penetración y se

transforma en una masa de palabras y símbolos dislocados que no logran establecer una realidad en el espacio imaginario de la metáfora narrativa. Podría hablarse acaso de una estructura en espiral, ya que la misma sensación y sentido —de la sodomización— son buscados reiterándose como un eje una y otra vez en el libro, bajo diversas formas. Hegemoniza las imágenes representativas la caza, y el reflejo en el otro; la búsqueda de la presa en el otro, el reconocimiento del propio ser en la mirada anhelante de *Alexandre*.

De la ingenuidad y sencillez de *Toda la luz del mediodía* —la primera novela de Wacquez— a este momento, hay un camino recorrido que se expresa en madurez del lenguaje, pero en pérdida de la capacidad de estructurar un mundo. Reitera

los mismos elementos, los mismos atisbos de su volumen de cuentos *Excesos*, la misma ambigüedad. Más novelista que cuentista, sin duda. Su prosa, su monólogo delirante y excesivo es cautivador a pesar de su opacidad. Reencontramos un narrador maduro, de una sobreabundancia verbal escasa en nuestra literatura. Le pediríamos coherencia y objetividad.

Con esta novela más mitologizante que sus textos anteriores, logra uno de los primeros lugares en nuestra narrativa. El subtítulo "Cacerías de 1848" nada tiene que ver con los importantes acontecimientos de ese período en Europa, continente cultural en el cual se sitúa la consciencia de Wacquez; aunque hay un nivel secundario de lectura inducido en él, y en ciertos desplazamientos del paisaje cultural.